

HUÉRFANOS DE SOFÍA

Elogio y defensa de la enseñanza de la filosofía

Josep Maria Bech, Damián Cerezuela Frías, Ana de Lacalle, Àlex Mumbrú,
Manoel Múxico, Ignacio Pajón Leyra, Francesc Perenya, Jacinto Rivera de
Rosales, Begoña Román Maestre, Salas Sánchez Bennasar, José María Sánchez
de León Serrano, Ramón Sánchez Ramón, Agustín Serrano de Haro

Prólogo de Javier Gomá

Señales

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

© Josep Maria Bech, Damián Cerezuela Frías, Ana de Lacalle, Àlex Mumbrú, Manoel Múxico, Ignacio Pajón Leyra, Francesc Perenya, Jacinto Rivera de Rosales, Begoña Román Maestre, Salas Sánchez Bennasar, José María Sánchez de León Serrano, Ramón Sánchez Ramón, Agustín Serrano de Haro, 2014.

© De la introducción, selección y coordinación, Àlex Mumbrú, 2014.

© Del prólogo, Javier Gomá Lanzón, 2014.

© Fórcola Ediciones, 2014.

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid
www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-3825-2014

ISBN: 978-84-15174-93-6

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

PRÓLOGO

ALGUIEN TIENE QUE HACERSE CARGO DEL «TODO»

Javier Gomá Lanzón

Como suele ocurrir con todas las palabras trascendentes, cargadas de una pluralidad de significados, «cultura» es voz que designa realidades de naturaleza muy heterogénea.

Por un lado, cada uno mira las cosas a partir de una «imagen del mundo», una constelación mental de evidencias simbólicas, inconscientes, históricas y de origen social que vienen adheridas al lenguaje natural y que las personas de una misma comunidad y época comparten en su mayoría. Lo sabido depende de lo consabido, lo que vemos de lo evidente, el juicio del prejuicio, el conocimiento del previo reconocimiento, la ciencia de la creencia. A esta imagen natural del mundo –que no es una comprensión de las cosas sino precisamente su condición de posibilidad– se refiere, por ejemplo, el uso que del término hace la antropología cultural, un uso universal en cuanto concierne a todos los hombres y mujeres sin excepción. Luego está ese otro uso más restringido, limitado a la actividad que sólo una pequeña porción de personas desarrolla, los «artistas», quienes crean obras muy admiradas por la sociedad por su potencia simbólica o significativa pero carentes de una utilidad práctica inmediata y enderezadas derechamente al placer desinteresado y al conocimiento puro. Se trata en este caso de la cultura en grado eminente manifestada en novelas, tratados, sinfonías, cuadros, esculturas o películas.

Para complicar aún más el cuadro, últimamente a los anteriores se ha añadido otro uso en cierta manera espurio: cultura como sinónimo de «industria cultural». La cultura equivaldría aquí al giro comercial de aquellas sociedades mercantiles que operan como intermediarios entre el artista y la sociedad y que siguen no tanto las leyes de la cultura (en el sentido anterior) como las leyes del mercado, siendo la primera de estas leyes la elevación de «lo nuevo» a un valor supremo, pues lo nuevo, presentado bajo una luz seductora, favorece la mayor colocación y venta de productos entre los consumidores al suscitar en éstos el deseo incesante y siempre renovado de adquirirlos.

La voz «filosofía» acusa pareja polisemia o incluso mayor. La imagen natural del mundo antes mencionada es ya una «interpretación filosófica» de la

realidad y, en este sentido, la filosofía merece ser considerada un universal antropológico de la misma condición que, por ejemplo, el amor, el dolor, la mortalidad o el arte: siempre que alguien se encuentre con lo humano dotado de los trazos que lo hacen identificable, hallará todo esto, incluyendo esa hermenéutica de la realidad que una conciencia viviente inevitablemente segrega en su contacto con las cosas. Desde esta perspectiva, todos los seres humanos somos nativamente filósofos y no podemos dejar de serlo sin dejar de ser humanos. La diferencia radicará en que las interpretaciones de unos serán más refinadas y articuladas, y las de otros, en cambio, más vulgares y groseras, pero unos y otros forman por fuerza una representación teórico-filosófica del mundo que tiene la ventaja, además, en comparación con otras construcciones más especulativas, de estar asociada íntimamente a las urgencias vitales de su poseedor y al entramado complejo de sus experiencias realmente vividas por cuanto se decanta en el proceso de su instalación práctica en el mundo.

Con todo, con más frecuencia llamamos «filosofía» a esas obras literarias que, en lugar de recrear, celebrar o lamentar el mundo, como hace el arte, se afanan por definirlo. Esta acepción de la filosofía, entendida como duro trabajo en el concepto, supone el momento de máxima conciencia de la cultura. Quienes escriben estas obras constituyen, por supuesto, una minoría social porque, de hecho, estadísticamente sólo unos pocos en cada época son dominados por una vocación literaria tan específica. Ésta implica, primero, una *visio* de la totalidad del mundo, donde el fragmento de la experiencia común es completado por una intuición personalísima sobre el cuadro general, suministrada por la imaginación, y en segundo lugar, una *missio* que apremia por encerrar esa visión primera en un sistema ordenado de conceptos, literariamente expuesto.

Todos los grandes sistemas filosóficos son obras de creación, análogas en su aliento estético a las de un poeta, novelista, pintor o compositor, animadas por una visión totalizadora estructurada en torno a un ideal unificador –ideal de lo humano, de conocimiento, de verdad, de sociedad justa o de belleza– y, en esa misma medida, sostenidas por la profundidad de un *ethos* originario. Estas propiedades de la auténtica filosofía –desde Platón a Rawls– la distancian ampliamente de la ciencia, aunque ambas eligen el concepto por instrumento. Porque la ciencia quiere describir con aséptica neutralidad el mundo tal como es y sus proposiciones han de ser verificables, lo cual sólo es posible si su método

se atiene al ámbito de lo empírico y se especializa en una particular región del ser. Por contraste, la filosofía propone un modelo abarcador del ser en general, no parcelado, y, en consecuencia, comprensivo tanto de la experiencia como de esa idealidad no empírica traída por la imaginación y justificada por medio de conceptos racionales, motivo por el cual la filosofía nunca ha sido ni ha pretendido ser verificable, ni su conocimiento se acumula (el último sistema no invalida el anterior), ni su legitimidad proviene del laboratorio o del experimento sino sólo de su capacidad de persuadir al lector con sus razones.

En suma, la filosofía es una actividad intelectual esencialmente no-positivista y no-especializada, aunque, por supuesto, no desdeña los resultados de la ciencia positiva y especializada cuando le convenga a sus fines propios. Dado que la ciencia se hace cargo de las regiones del ser, alguien tiene que ocuparse del «Todo», pues este «Todo» acaba proyectándose sobre la arriba expresada imagen natural del mundo que todos los individuos de una misma tradición comparten. La filosofía es ese alguien, y entre sus responsabilidades figura la de moldear la imagen natural del mundo de las generaciones futuras, como la nuestra está compuesta por palabras tomadas en préstamo de los creadores mayores de las generaciones pasadas.

La historia de los más poderosos y fecundos sistemas filosóficos forma parte principal del estado general de la cultura de una comunidad determinada y, por consiguiente, ha de ser materia obligada en la educación básica de los ciudadanos que la integran. Para organizar la transmisión de la tradición, la filosofía «se institucionaliza»: la asignatura en la enseñanza secundaria, la licenciatura o grado universitario, el profesorado que imparte la disciplina. Y junto a la docencia, la investigación filosófica: la edición de los libros clásicos, la traducción de los extranjeros y, por supuesto, la necesaria erudición académica, que tanto colabora en la elucidación de las cuestiones oscuras de los filósofos y de sus obras y establece comparaciones y nuevas perspectivas. Naturalmente, estas instituciones educativas requieren para hacer su trabajo de cierto «material filosófico» –libros de texto, ediciones escolares, manuales universitarios, literatura de divulgación– suministrado por la industria de la cultura, la cual, además, oferta «mercancías filosóficas» en forma de libros que se esfuerza por colocar, todo lo masivamente que puede, en el mercado de lectores, aunque siempre con desventaja respecto al llamado género de ficción,

lo que hace del ensayo, y en particular del filosófico, un terreno más propicio para el editor artesano amante del libro que para el fabricante a gran escala de productos seriados (*best sellers*).

Filosofía como universal antropológico, filosofía como vocación literaria, filosofía como institucionalización de la enseñanza de una tradición de grandes sistemas, filosofía como artesanía y como industria. Como en este libro el lector encontrará el uso de la palabra «filosofía» en todos estos usos, a veces en el mismo párrafo, pareció conveniente discriminarlos *a limine* para una cabal comprensión del discurso¹. Este libro de profesores de filosofía, que combina diferentes registros –académico, divulgador, polémico, confesional, vocacional–, constituye por sí mismo la mejor prueba del excelente estado de forma de la docencia y la investigación filosófica en España. Sólo me queda celebrar su aparición y para ello recurro a la definición que un filósofo dio del amor: «Amar es exclamar continuamente ante el ser amado: ¡Qué bueno que existas!».

Eso mismo le digo yo al libro.

¹ A lo largo del libro «filosofía», en minúsculas, se utilizará en un sentido amplio, y «Filosofía», en mayúsculas, se utilizará para referirse en concreto a la disciplina académica o a las distintas asignaturas (Historia de la Filosofía, v.g.). [Nota del editor.]

INTRODUCCIÓN

Alex Mumbrú

Libros que traten de esclarecer la esencia de la filosofía, ciertamente, abundan. La propia historia de la filosofía puede leerse en términos de una indagación sobre este asunto. Lo que no resulta tan habitual es presentar un volumen en el que profesionales del ámbito de la filosofía tomen su quehacer cotidiano como atalaya desde la que esbozar la naturaleza del discurso filosófico y, en especial, deliberar sobre la función que le queda reservada en la sociedad contemporánea.

La recientemente aprobada Ley Orgánica de Mejora de la Calidad Educativa (LOMCE) ningunea el valor de la filosofía, suprimiendo la obligatoriedad de las horas de reflexión ética en la educación secundaria y reduciendo la asignatura Historia de la Filosofía a materia optativa en el último curso de bachillerato. El presente libro desea inscribirse en la marea de escritos y actos públicos que, en defensa de la enseñanza de la filosofía, han incrementado exponencialmente su presencia a raíz del anuncio de esta enésima reforma educativa². *Huérfanos de Sofía*, título que denuncia el desamparo institucional a que se encuentra sometido ese «amor al saber» en que consiste la filosofía, pretende ser una reflexión surgida de la experiencia vital de colaboradores provenientes de diversas regiones del ámbito filosófico (profesores de instituto y escuela privada, investigadores consagrados, docentes universitarios eméritos y en activo). Una reflexión marcada por un escenario sociopolítico que, como en muchos otros candentes asuntos, exige un posicionamiento contundente e inequívoco por

² Sin ánimo de exhaustividad, pueden citarse los siguientes: en la prensa escrita, Antonio Campillo y Luís María Cifuentes, «La filosofía, escuela de libertad», *El País*, 25-XI-2012; Manuel Cruz, «¿Le importaría preguntarme otra cosa?», *El País*, 19-III-2013; Amelia Valcárcel, «Descartes. Poner el mundo en pie», *El País*, 7-VI-2013; Miguel García-Baró y Olga Belmonte, «La filosofía en España. Necrológica», *El Mundo*, 9-X-2013. Provenientes del ámbito editorial encontramos dos diagnósticos poco alentadores sobre el estado actual de la universidad (AA. VV., *La universidad cercada. Testimonios de un naufragio*, Anagrama, Barcelona 2013) y de las humanidades en particular (Jordi Llovet, *Adéu a la Universitat. L'eclipsi de les Humanitats*, Galaxia Gutenberg/Cercle de Lectors, Barcelona 2011), así como un ensayo sobre la función de los filósofos hoy (Carlos Fernández Liria, *¿Para qué servimos los filósofos?*, Catarata, Madrid 2012). Por lo que a actos públicos se refiere, se han celebrado recientemente diversas jornadas encaminadas a reflexionar sobre la situación y el futuro de la filosofía en el sistema educativo español. Entre ellas, destacar las que tuvieron lugar los días 4 y 5 de mayo de 2012 en la Universidad Complutense de Madrid y en la localidad de Calanda (Teruel) a principios de julio de 2013. En este mismo sentido, una de las cuestiones debatidas en el XXIII Congreso Internacional de Filosofía, celebrado en Grecia en agosto de 2013, fue precisamente la función de la filosofía en la sociedad contemporánea.

parte de la comunidad filosófica.

Este volumen rehúye no obstante tanto el lamento autocomplaciente del sector (el problema no radica en la filosofía sino que es «la sociedad» la que no es suficientemente madura para apreciarla) como cualquier atisbo de una consideración meramente ideológica del valor de la filosofía (la defensa gremial de ciertos intereses laborales). A tal fin se propuso al conjunto de los colaboradores la (re)lectura del texto de Manuel Sacristán *Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores*³. En el 45 aniversario de su publicación, continúa siendo una consideración del todo insoslayable para cualquiera que pretenda decir alguna cosa sobre la supuesta especificidad de la pregunta filosófica, su función social y el papel a desempeñar en nuestro sistema educativo.

Entre otros argumentos, en este lacerante escrito se niega el carácter sustantivo de la filosofía como saber. La filosofía, afirma Sacristán, consiste principalmente en una reflexión de segundo orden que, en el momento en que se desprende de los saberes sobre los que trata, deviene una vana autorreflexión sobre su propia historia completamente alejada de las disciplinas que producen verdaderos «contenidos»⁴. Ni tan siquiera considera Sacristán que sea imprescindible la reflexión filosófica por cuanto aguza la capacidad crítica: la filosofía no dispone del monopolio del pensamiento. Así las cosas, la razón que explica la fervorosa defensa de la filosofía en los estudios medios no sería más que la interesada voluntad de conservar una cantera de futuros clientes de su enseñanza universitaria. En consecuencia, se aboga en el opúsculo por la supresión de la asignatura de Filosofía en secundaria y de la carrera universitaria, al menos en el formato en que existe aún hoy⁵.

Contrariamente a lo desarrollado en el escrito de Sacristán, no cabe concebir mejor muestra del inestimable valor de la reflexión filosófica y de la necesidad de conservarla en el entramado institucional educativo que la variedad y riqueza

³ Sacristán, M., *Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores*, Nova Terra, Barcelona 1968.

⁴ «Lo recusado es el tipo del licenciado en filosofía. Este tipo es institucionalmente un especialista en Nada (la mayúscula será consuelo de algunos). Su título le declara conecedor del Ser o de la Nada en general y, dada la organización de los estudios universitarios, afirma con ello implícitamente que se puede ser conecedor del Ser en general sin saber nada serio de ningún ente en particular». Sacristán, M., op. cit., p. 365.

⁵ Es de justicia señalar en este contexto la célebre respuesta al opúsculo de Sacristán debida a Gustavo Bueno, *El papel de la filosofía en el conjunto del saber*, Ciencia Nueva, Madrid 1970.

de las aportaciones presentadas en este volumen. En relación a los textos preparados por docentes de enseñanzas medias, la pregunta por el lugar de la filosofía como asignatura ha suscitado estimulantes propuestas en torno a la distribución de las materias (Filosofía y Ciudadanía, e Historia de la Filosofía) en los dos años de bachillerato, los contenidos a impartir atendiendo a la modalidad cursada, el papel que debe desempeñar el profesor de filosofía en el aula y las dificultades con que suele lidiar. Se nos ofrece igualmente una significativa pléthora de argumentos que abonan la necesidad de salvaguardar la tan denostada asignatura de Ética en el currículo de la ESO (concebida, eso sí, como una reflexión genuinamente racional, no tutelada por el discurso religioso e ideológico imperante), en tanto insoslayable herramienta para asegurar un proceso de subjetivación verdaderamente autónomo en nuestros alumnos. En este sentido, se apuesta incluso por la extensión de la reflexión ético-política a todas las etapas educativas (en la línea de programas como «Filosofía para Niños» introducidos experimentalmente en algunos institutos) y una mayor imbricación entre la formación artística y la filosófica.

Las profundas transformaciones que han tenido lugar en el mundo educativo tras la Revolución tecnológica acaecida en el último cuarto del siglo xx (la aparición y extensión de las Tecnologías de la Información y la Comunicación) ocupan una buena parte de las consideraciones de estos profesionales. Se trata, en definitiva, de una deliberación sobre qué se enseña en la asignatura de Filosofía y cómo hacerlo en las aulas del siglo XXI. Tampoco falta una visión panorámica de la evolución de la asignatura de Filosofía en los diversos planes de estudio implementados desde el final de la dictadura, así como de las corrientes psicológicas que han animado la serie de renovaciones pedagógicas introducidas⁶. En dos de estos escritos, son esos mismos alumnos a quienes va dirigida la materia los que opinan sobre la «Filo», acerca de cómo debería plantearse y lo que ha supuesto en su formación.

Si avanzamos hacia las colaboraciones que proceden del ámbito universitario, encontramos también impresiones diversas, no siempre halagüeñas, sobre el estado de la universidad española. Desde la sociología del conocimiento se nos

⁶ A este efecto, puede consultarse también: Cifuentes, L. M., «Las materias filosóficas y las reformas educativas en España. De 1980 a 2010. Una mirada desde el observatorio filosófico de la SEPEFI», en *VII Boletín de Estudios de filosofía y cultura*, Fundación Mindán Manero, Calanda (Teruel) 2012, pp. 27-49.

presenta un lúcido análisis del precariamente autonomizado «campo» filosófico español. Tradicionalmente sometido al yugo de instancias religiosas y políticas, los reiterados esfuerzos de autonomización de la filosofía a partir del último tercio del siglo XX no han logrado generar unas estructuras suficientemente sólidas como para zafarse de las nuevas fuerzas que porfían por controlar el campo. El auge de las nuevas tecnologías, la introducción de criterios mercantilistas en el seno de la universidad, una industria editorial que valora los productos filosóficos en atención al grado de divulgación que alcanzan y las veleidades mediáticas de algunos de sus miembros dificultan seriamente las posibilidades de constitución de la filosofía en España como campo autónomo.

En este contexto, no se trata tan sólo de contrastar el sistema educativo y el funcionamiento de la universidad europea y anglosajona, sino que se pone de manifiesto el conflicto entre dos modos diferenciados de hacer filosofía, el continental y el analítico. En torno a esta comparativa subyace una cuestión filosóficamente relevante: ¿Puede concebirse el discurso filosófico desgajado de la reflexión sobre su propia historia? ¿Tiene sentido la distinción, propia de la universidad alemana, entre «historia de la filosofía» y «filosofía sistemática»? En definitiva: ¿Es la filosofía algo más que historia de la filosofía?

Al hilo de esta problemática cabe plantearse si puede (incluso, si debe) pensarse actualmente la reflexión filosófica separada de la universidad: ¿Es el filósofo capaz de desempeñar alguna función más allá de la estrictamente docente? ¿Tiene sentido estudiar filosofía para algo más que para enseñar filosofía? Como despliega uno de los textos que presentamos, la estrecha vinculación entre la filosofía y la universidad resulta del desarrollo mismo de la modernidad filosófica y, muy particularmente, del proyecto de una filosofía (el Idealismo alemán) en que cobra especial relevancia la cuestión nacional. Aún más: una de las formas que adquiere la investigación filosófica contemporánea, los Estudios Culturales, culmina en cierto modo el tipo de reflexión iniciada por Descartes. La problematización radical del concepto mismo de certeza en que desemboca la Modernidad explica la afirmación del carácter «cultural» (y, por ende, contingente) de toda producción del espíritu.

La aparición y extensión de los Estudios Culturales son una muestra más de la

«mundanización» experimentada por la filosofía en el siglo **xx**⁷. En el contexto de esta «des-absolutización» de la reflexión filosófica, el presente volumen recoge una aportación que transita por la vereda abierta en las últimas décadas por el giro aplicado en la filosofía. La manifiesta necesidad de criterios que orienten la acción –tanto del sujeto como de las comunidades y organizaciones– en un mundo cambiante y sumamente plural ha subrayado la vocación eminentemente práctica de la filosofía, la responsabilidad social que le es inherente. La reflexión sobre los derechos del ciudadano, la frágil salud de la democracia o la función de los medios de comunicación han insuflado aire renovado a la filosofía. Asimismo, en la consideración de las posibles consecuencias perniciosas de determinados avances tecnológicos (ingeniería genética, contaminación del medio ambiente, posibilidad de una intervención irreversible en la vida del paciente), el filósofo pasa a reflexionar codo con codo con especialistas de los ámbitos más diversos, desde la trinchera, hincado en el fango de la realidad más apremiante.

El cultivo mismo de la filosofía tampoco es ajeno a los cambios debidos, entre muchos otros factores, a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. A pesar de la inmediata disponibilidad de cantidades ingentes de información, o precisamente por ella, resulta difícil recabar una visión verdaderamente global y cabalmente informada del mundo; de ahí el carácter fragmentario de la investigación filosófica actual y su paulatina apertura al trabajo en equipo. En nuestra situación histórica deviene por tanto más necesaria que nunca una reflexión sobre el concepto de realidad involucrado en el conjunto de esas transformaciones, así como una problematización de la validez del mismo. La filosofía orienta su discurrir en torno a la pregunta por el ideal, lo que nos proporciona una fehaciente prueba de la libertad que nos habita: precisamente porque somos capaces de cuestionar lo que nos viene dado, podemos avanzar hacia una transformación de la realidad de acuerdo a conceptos como justicia, igualdad o democracia.

Huérfanos de Sofía cuenta también con planteamientos próximos a las tradicionales pretensiones fundadoras de la filosofía: ¿Puede llevarse la

⁷ Cf. Vázquez, F., *La filosofía española. Herederos y pretendientes. Una lectura sociológica*, Abada, Madrid 2012, p. 400. Por «mundanización» debe entenderse aquel proceso que desemboca en el aumento de la presencia de la figura del filósofo como «asesor» en comités políticos, éticos, audiovisuales, periodísticos y de gestión cultural en general.

reflexión hasta algún tipo de estructura constitutiva de la subjetividad desde la que dar cuenta de los diversos modos de donación del objeto? ¿Qué papel juega el cuerpo en la constitución de nuestra experiencia del mundo? En suma, ¿qué vigencia tiene hoy el planteamiento fenomenológico en cuanto análisis filosófico de la experiencia vivida? Haciendo uso del lenguaje especializado que es propio de la investigación filosófica y que todo docente ha de esforzarse por conservar y transmitir, la fenomenología muestra uno de los activos esenciales de la filosofía en su tarea de formación de la persona: el ejercicio de ese distanciamiento que explicita las creencias incuestionadas sobre las que fundamos nuestro quehacer cotidiano y que nos permite arrojar una visión global sobre la diversidad de saberes y asuntos de que nos ocupamos. La supresión de la filosofía del sistema educativo no sólo conlleva el riesgo de interrumpir la transmisión del acervo filosófico autóctono –como sucediera tras la Guerra Civil con los «transterrados»–, sino que menoscaba la riqueza del mundo legado a nuestros alumnos. En este sentido, una sociedad que no instituya la necesidad de comprender como piedra angular de la convivencia, por banal, parece condenada a repetir la peor de las acciones que pueda el hombre perpetrar contra el hombre: la barbarie del totalitarismo.

Como ya hemos dicho, uno de los mejores argumentos en favor de la conservación del cultivo y la enseñanza de la filosofía se halla en la fecunda pluralidad de propuestas desplegadas en este libro. La presente introducción apenas supone un pálido reflejo. Una cuestión acompaña no obstante a la mayor parte de los textos presentados: se trata de la pregunta por el concepto de utilidad. ¿Qué entendemos propiamente cuando decimos de algo que es útil y, aún más, por qué debería medirse aquello que hacemos por el único rasero del provecho material que reporta? La relevancia adoptada por este tipo de preguntas explica la perplejidad que existe con respecto a disciplinas, las «humanidades», de las que no cabe esperar utilidad en el sentido de un rendimiento material inmediato y tangible. ¿Para qué sirve la filosofía?

La mejor respuesta que puede darse al para qué estudiar filosofía es, precisamente, para estudiar filosofía. He aquí la grandeza de las disciplinas humanísticas: su autonomía y suficiencia, que las hace no depender de fines ajenos a ellas mismas. En la actualidad, estudiar humanidades es sobre todo un acto político: nada más subversivo que estudiar filosofía, interesarse por la

historia del arte, diseccionar una buena obra literaria o esforzarse por dominar el griego o el latín. Hoy lo verdaderamente revolucionario es consagrarse a las humanidades, puesto que difícilmente hallaremos actividad alguna que tope más frontalmente contra aquello que se espera de nosotros.